

Me hallo ahora de frente á una multitud de poetas jóvenes, aprovechados discípulos, algunos, de los maestros que llevo consignados en las páginas anteriores, y rebeldes los más, á escuela determinada, como amantes del eclecticismo que se impone cada día con mayor fuerza.

La nueva generación de poetas mexicanos, ofrece con la variedad, el signo primero de la riqueza intelectual de un país. Descontando á los imitadores que no pueden faltar, y á los exagerados en tal ó cual ramo de la poesía, que no dejan de presentarse tampoco en las más florecientes repúblicas literarias, queda siempre una legión respetable por la

excelsitud del estro y sanidad de su inspiración.

Quiero dejar constancia de un hecho, á primera vista insignificante, pero que prueba mucho en honor de la juventud mexicana que rinde culto á la musas : el de la fraternidad en que vive.

Abiertas para mí las puertas de casi todos los centros literarios de México, en que hormigean los mozos que principian á ganar fama junto á los viejos que la tienen ya universal, he podido estudiar de cerca algunos fenómenos de sociabilidad, bien distintos por cierto, de los que estaba acostumbrado á ver en otros países.

La rivalidad, ese gusanillo que mata en Sud-América las raíces de toda asociación literaria, por muy pomposos frutos que dé al principio, si no es desconocida en la patria de Altamirano, preséntase allí, al menos, en tan benigna forma, que no es obstáculo al desarrollo de las comunidades artísticas.

Celos y envidias de literatos, faltar no pueden en parte alguna del Mundo; pero, excluyendo las cuestiones políticas, es notable en

México la actitud respetuosa que guardan entre sí, generalmente, los grandes y los pequeños hombres de pluma. La lucha de ideas que es necesario exista, para fomento de la propia literatura, no tiene allí los repugnantes caracteres de una guerra civil. No se ve allí con frecuencia al hermano insultar cobardemente al hermano porque ha obtenido aplausos y distinciones... Y cuando tal cosa ocurre, cesan pronto las plumas en su tarea de vilipendio para cambiarse más digna y virilmente, por la espada ó por la pistola.

Los viejos poetas aman con sinceridad á los mozos que van siguiendo sus huellas, y éstos no les corresponden con la ingratitude de los pocos años.

Entre ochenta ó cien literatos jóvenes mexicanos que he tratado con familiaridad relativa, apenas puedo recordar dos que me hayan hablado desdeñosamente de sus maestros.

¿Sería esto, en tan inmensa mayoría, una reserva estudiada? No lo creo así, porque en vivas controversias, donde no cabe el disimulo, he notado siempre un fondo de gran

respeto para los viejos escritores cuyas obras mismas eran objeto de la censura.

Hay, pues, que buscar la explicación de esta armonía, en un exagerado orgullo patriótico ó en causas de menos dudosa moralidad.

Lo cierto es, que en México principia á constituirse la unidad literaria nacional: esa cohesión de partículas similares, que forma como en el orden de las madréporas, un solo cuerpo resistente en medio de su porosidad, á la disolvente acción de las aguas.

A un superior instinto, sin duda alguna, obedece aquella aproximación que buscan literatos de diferentes edades, temperamentos y gustos, en nuestra hermana del Norte, para prestarse mutuo auxilio, antes que combatirse, y aumentar de aquella manera el patrio caudal que enriquece á todos.

Cabe á la actual juventud, si no la iniciativa, el adelanto de un programa tan bello. No sólo el *Liceo*, la primera agrupación literaria de México, abre sus puertas semanalmente á sus miembros para leer y discutir trabajos nacionales en prosa y verso; muchas casas particulares son otros tantos centros

también, donde se cultiva el arte exclusivamente, acudiendo á ellas en determinados días muy reputados hombres de letras.

Siempre recordaré mi entrada al mundo literario de México en la velada que se ofrecía al bardo potosino Manuel José Othón, en la casa del ilustre filólogo, señor Don Rafael Angel de la Peña, Secretario de la Academia Mexicana correspondiente de la Española.

Hacia unas cuantas horas de mi arribo á la capital, cuando me vi justamente sorprendido por una invitación á esa velada en que debía hallar, de improviso, á los más cultos escritores que tiene México.

¡Qué atmósfera tan cordial la que se respiraba allí, en medio de aquellos adalides del pensamiento, congregados para tributar al compañero Othón, un aplauso por el mejor de sus triunfos!

Othón, elegido individuo correspondiente de la Real Academia Española, dió, á pedido general, lectura en esa noche al *Himno de los bosques*, composición suya reputada hoy con justicia, por una de las más brillantes lírico-descriptivas que se han escrito en América.

No quiero interrumpir con nota alguna esta magistral sinfonía en verso, y la reproduzco íntegramente, en la seguridad de que su extensión parecerá desmesurada tan sólo á los lectores de epigramas y chascarrillos.

I

En este sosegado apartamiento,
lejos de cortesanas ambiciones,
libre curso dejando al pensamiento,
quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
con su apacible susurrar el viento,
el coro de las aves con su acento,
con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
al hondo cauce; con furor azota
las piedras de su lecho, y la infinita
estrofa ardiente de sus senos brota.
¡Del gigante salterio en cada nota,
el salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por las selvas presurosos
se pierden en la noche los rumores.
Los mochuelos á su antro van medrosos
á esconderse; y exhalan los alcores

sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño.
La llanura despierta alborozada;
con su semblante pálido y risueño
la vino á despertar la madrugada.
Del Oriente los blancos resplandores
á aparecer comienzan. La cañada
suspira vagamente; el sauce llora
cabe la fresca orilla del riachuelo,
y la alondra gentil, levanta al cielo
un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río.
Gime el follaje temblador; colora
la luz los campos, las montañas dora;
y á lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor, y crece
el concierto á la vez... Ya los rumores
y los rayos de luz hinchén el viento;
hacen temblar el éter, y parece
que en explosión de notas y colores
va á inundar á la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
surge de pronto el sol, como una roja
llamarada de incendios colosales,
y sobre los abruptos peñascales
ríos de lava incandescente arroja.
Entonces de los flancos de la sierra

bañada en luz, del robledal obscuro,
del espantoso, acantilado muro
que el paso estrecho á la hondonada cierra;
de los profundos valles, de los lagos
azules y lejanos que se mecen
blandamente del aura á los halagos,
y de los matorrales que estremecen
los vientos... de las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla ó lo que canta,
una voz poderosa se levanta
de arpegios, y sollozos, y gemidos.
Bala el ganado que á los pastos llevan
silbando los pastores. Mansamente
pacen los bueyes y mugiendo abreven
en las límpidas ondas de la fuente.
Bajo el espeso bosque de raíces
que el tronco de las ceibas ha formado,
grita el *papán*, y se oye en el sembrado
el triste cuchichear de las perdices.
Mezcla aquí sus ruidos y sus sonos
todo lo que voz tiene; la corteza
que hincha la savia ya, [crepitaciones;
su rumor misterioso la maleza,
y el clarín de las selvas, sus canciones.
Y á lo lejos, muy lejos, cuando el viento
que los maizales apacible orea,
sopla del Septentrión, se oye el acento
y algazara que, locas de contento,
arrojan las campanas de la aldea...
Es que también se alegra y alborozo
el viejo campanario. La mañana
con húmedas caricias lo remoza;

sostiene con amor la cruz cristiana
sobre su humilde cúpula; su velo
para cubrirlo tienden las neblinas
como cendales que le presta el cielo,
y en torno de la cruz, las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar bajo las frescas chacas
que del sol templan los ardientes rayos,
en bandadas los verdes guacamayos;
dispersas y en desorden las urracas.
Va creciendo el calor. Comienza el viento
las alas á plegar. Entre la fronda,
lanzando triste y gemidor acento,
la solitaria tórtola aletea.
Suspenden los saúces su lamento;
calla la voz de la cañada honda,
y un vago y postrer hálito meneo
las áureas puntas de la espiga blonda.

Entonces, otros múltiples rumores
como un enjambre zumban á mi oído.
El *chupamirto* vuela entre las flores;
sobre las ondas de cristal fundido
cacen los escarabajos de colores;
mientras que la libébula, temblando
va sobre los cristales bullidores
sus alas sutilísimas vibrando.

El limpio manantial gorgoritea
bajo el peñasco gris que lo sombrea;

corre sobre las guijas murmurando,
lame las piedras, los juncales baña,
y en el lago se hunde. La espadaña
se estremece á la orilla susurrando,
y la garza morena se pasea
al són del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
echa sobre los campos. Agostada
se duerme la amapola en la floresta
y, muerta la campánula morada,
desprende el tallo de la roca enhiesta.
Pero, bajo la selva estremecida
no deja aún de palpitar la vida :
toda rítmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruido;
en el espacio rojo y encendido
se oye á los cuervos crascitar, veloces
la atmósfera cruzando, y la montaña
devuelve el eco de sus roncadas voces.
Las palomas zurean en el nido.
Entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña.
Las secas ramas quiebranse al ligero
salto de las ardillas; su chasquido
á unirse va con el golpeo bronco
del pintado y nervioso carpintero
que está en el árbol taladrando el tronco;

y las ondas armónicas desgarra
con desacorde són el chirriante
monótono cantar de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante,
la lagartija gris; zumba la mosca
luciendo al aire el tornasol brillante,
y agitando su crótalo sonante
bajo el breñal, la víbora se enrosca.

El intenso calor ha resecaado
la savia de los árboles; cayendo
algunas hojas van, y al abrasado
aliento por la tierra evaporado,
se revienta la crústula crugiendo.
— En tanto yo, cabe la margen pura
del bosque, por los sonos arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva,
y hallo reposo y plácida frescura
sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando audaz por la empinada cuesta
y rompiendo los ásperos ramajes,
llego hasta el dorso de la abrupta cresta,
donde forman un himno á toda orquesta
los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío,
mezcla su canto el viento, la hondonada
su salmodia, su alegre carcajada
las cataratas del lejano río.
Brotó la fuente en la escondida gruta

con plácido rumor, y acompasada,
por la trémula brisa acariciada,
la selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques; mueve
blandamente la tarde silenciosa
la azul y blanca y ondulante y leve
gasa, que encubre su mirar de diosa.

Mas, ya aquilón sus furias apareja
y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
por sus gargantas de granito deja
la montaña escapar; maldice, clama...
El bosque muge y el torrente brama;
y de las altas cimas despeñado,
por el espasmo trágico rompido,
rueda el vertiginoso acantilado
donde han hecho las águilas el nido
y su salvaje amor depositado.
Y al mirarle por tierra destruido,
expresión de su cólera sombría,
aterrador y lúgubre graznido
unen á la tremenda sinfonía.

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra en pos peñascos y troncones
que con las ondas enrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje.

El huracán golpea los peñones;
su última racha entre las grietas zumba,
y es su postrer rugido de coraje
el trueno que, alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje.

VII

Augusta, ya, la noche se avecina
envuelta en sombras. El fragor lejano
del viento, aún estremece la colina
y las espigas del trigal inclina
que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
del peñascal; entre su quiebra obscura,
revuelto el manantial, ya no murmura;
salta garrulador á borbotones.
Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del Poniente, un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está desierto
y se envuelve en cendales amarillos
que van palideciendo. — Ya el sonoro
acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
á preludiar en el solemne coro...
¡ Ya es otra voz inmensa la que canta !

Es el supremo instante. Los ruidos
y las quejas, los cantos y rumores
escapados del fondo de los nidos,
de las fuentes, los árboles, las flores;

el sonrosado idilio de la aurora
de estrofas cremesinas que el sol dora;
la égloga de la verde pastora,
la oda de oro que al mediar el día
de púrpura esplendente se colora,
de la tarde la pálida elegía,
y la balada azul, la precursora
de la noche tristísima y sombría...
cual bandada de pájaros errando
fueron á guarecerse en la campana
de la rústica iglesia, que, lejana
se ve sobre las lomas descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
el *Angelus* se eleva condensando
todas las armonías de la tierra,
el himno de los bosques alza el vuelo
sobre lago, colina, valle y sierra;
y al par de la expresión que en su agonía
la tarde eleva á la divina altura,
del Universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡SALVE, MARIA!

Manuel José Othón es un verdadero poeta. Tiene gran corazón, á medida de su talento, y debe á ello el hacerse profundamente simpático.

Confieso aquí el cariño que me inspiró, viéndole tan modesto y sencillo ante los halagos de sus compatriotas, llamándome *hermano* á los pocos días de conocerme, é invi-

tándome con otros amigos á comer en el fondín á que concurría el poeta siendo estudiante.

— ¿No te parece, — decíame Othón, — que echar un velo á nuestras penurias de ayer en la relativa holgura de hoy, es renunciar á un goce muy puro? Yo vengo de cuando en cuando, á este rincón de México, para reconstruir mis sueños de niño, mis amoríos, mis esperanzas de aquella edad. Ayer estuvimos juntos en el Casino ante opípara mesa y ricos licores... pues, bien: yo no he experimentado ayer la alegría que hoy experimento junto contigo y mis demás compañeros en este fondín estrecho y plagado de moscas, porque aquí hay algo de mi pasado, que flota luminoso y ardiente; mi vida entera de colegial con sus privaciones y risas, sus lágrimas y locuras poetizadas por la bruma del tiempo en las prosaicas luchas del día... Aquí, entre sorbo y sorbo de un café detestable, borro neaba yo mis cuadernos de matemáticas, improvisando, al margen, versos á la muchacha de ojos negros que había visto en la esquina; aquí brotó más de una composición mía, como

Paolo y Francesca, popularizada sin más mérito que su aliento poderoso de juventud...

Paolo y Francesca, efectivamente, es una de las más cortas y bonitas producciones de este poeta :

Paolo llevando á su inmortal amante,
de Dios llegó delante
que por su negro crimen le condena
á padecer la pena
de que nos habla en su poema el Dante.
Y cuando sabe su castigo eterno,
dice con voz satánica y vehemente :
¡ Qué me importan las penas del infierno,
si allí puedo besarla eternamente !

Rápidas en compañía de Othón pasaban las horas, y es que pocos hombres he conocido tan efusivos. Goza en su patria de un prestigio envidiable, y lamento no poseer su drama *Después de la muerte*, para reproducir algunos de aquellos rasgos que le han valido en los teatros de México las ovaciones más estruendosas.

Otro joven y muy apreciado bardo, pues reúne al talento el exterior simpático y las

maneras de Othón, es José López Portillo y Rojas, residente en Guadalajara.

Le conocí en mi vuelta al Pacífico, y departí con él en su casa, lugar de reunión el más ameno para los escritores de esa ciudad que sigue á México en importancia. Á la memoria de Portillo y Rojas, asocio la de los distinguidos periodistas Salado Alvarez y Covarrubias, quienes mantienen junto al primero, el fuego sagrado de las letras en esa región importante de la República.

Es López Portillo y Rojas un letrado, aunque joven, de reputación muy alta y muy merecida. Creyente sincero, basta á recomendarle su composición *¡ Orad !*, entre los poetas cristianos de primer orden.

Dejad que vuestro espíritu suspenso
de su destino al poderoso grito,
suelte los vuelos de su afán inmenso
por su mundo apropiado, el infinito.

Dejad tender á nuestro amor el ala
hacia el confín por donde el sol asoma :
cuanto puede volar, la altura escala :
la música, el incienso y el aroma.

Cantan á Dios el ave entre el ramaje,

en su onda el mar, el céfiro en su giro :
qu' los cielos reciben homenaje
de cuanto tiene voz, canto ó suspiro.

En este mundo arcano y deslumbrante,
en el seno de tantas maravillas,
el hombre, pobre sér de un solo instante,
nunca se halla mejor que de rodillas.

Caed de hinojos. Las tremantes palmas
alzad venciendo nuestro orgullo ciego :
la oración es la vida de las almas,
santa actitud de adoración y ruego.

Del existir en la inmortal contienda,
nada el milagro del amor ataje :
que la oración como el perfume, ascienda,
y que el perdón, como la lluvia, baje.

Si navegais en golfos de ventura,
cantad hosanna en vuestra dicha extrema ;
si naufragáis en mares de amargura,
pedid piedad á la bondad suprema.

Sonreíd contemplando los fulgores
que vierte el alba en el nocturno espanto,
porque son de la vida los dolores,
sollozo abajo, y en la altura, canto.

Portillo y Rojas, como se ve, no milita entre
los paganos. Habría que objetarle, volviendo
por los fueros de la virilidad, aquella frase,

El hombre pobre sér de un solo instante,
nunca se halla mejor que de rodillas,

pero ¿ cómo enmendar la plana al poeta, si no
es el poeta quien habla sino el creyente ?

Hay que respetar en todo caso la convic-
ción profunda con que escribe Portillo y
Rojas, y hay que reconocer también, —aparte
la humillación que nos impone á los sober-
bios admiradores de Satanás,—que la factura
de sus versos no puede ser más hermosa.

¡ *Orad!* es una poesía modelo de evangélica
unción. Se distancia inmensamente de las
vulgaridades que escriben otros poetas cris-
tianos menos *favorecidos del cielo* en caudal
imaginativo ; tiene la belleza escultural de la
forma, y en el desarrollo de su capital idea,
es justo observar una gradación maestra,
enternecedora, aun para aquellos que no tie-
nen el consuelo de pensar como el que la ha
escrito.

¡ Poder sublime el del corazón, que logra com-
unicarnos su anhelo al través de contrarias
opiniones tan arraigadas !

Leyendo esta composición ¡ *Orad!* los increí-

dulos que no tienen organización de bandido, lamentan no poder hincar la rodilla en tierra y decir con el poeta :

Del existir en la inmortal contienda,
nada el milagro del amor ataje :
que la oración como el perfume, ascienda,
y que el perdón como la lluvia, baje !

Los incrédulos, sin aguardar recompensa de arriba, suelen dar no obstante, pruebas mil, inequívocas, de bondad. Su falta de fe tiene origen precisamente, en el irritante mutismo del cielo ante los dolores humanos.

Omnipotencia que tolera el mal, que ampara á los facinerosos inteligentes, que condena al suplicio millones de criaturas piadosas, no se comprende que merezca ruegos del todo inútiles...

Alguna vez he pensado, no sin horror, que, pues el mal es lo que triunfa y perdura siglo tras siglo, quizá estén los hombres buenos condenados á eterno azote en el mundo, como contraventores á la suprema ley que nos rige. Quizá sea un crimen aliviar penas y enjugar lágrimas ! ¿Quién manda al temerario quitar

los grillos del reo, burlando así la voluntad de sus jueces ? ¿ Quién desafía impunemente las órdenes del tirano que han de cumplirse sobre sus víctimas, aunque de dolor estallen los corazones ? ¡ Oh sencillas gentes que sufrís con el sufrimiento de los demás : poned un dique á vuestra ternura ; no conspiréis contra el que todo lo puede y todo lo ha dispuesto á su antojo ! No os opongáis á que se cumplan los decretos del cielo, porque seréis castigados con el azote !

Contrasta con la inspiración de Portillo y Rojas, la siguiente, debida á Ignacio M. Luchichí, redactor de *El Universal*, y que con el seudónimo de *Claudio Frollo* ha adquirido renombre en la prensa liberal de México.

Felices quienes piden al destino
un amor ideal, oculto y solo,
y no sueñan jamás en el divino
infierno de Francesca y de Paolo...

Poetas que lloráis cuando la brisa
entreabre las hojas de la anémona,
que gemís en la tumba de Eloisa,
y ante el lecho de muerte de Desdémona,

Sed pensamiento, y corazón, y fibra :
ponerse á sollozar en los pensiles

cuando en épico són la trompa vibra,
es indigno de pechos varoniles.

Erguíos fieramente en el combate,
cuando la duda vuestras almas hiera,
y que sus ondas trémulas dilate
el azulado río en la pradera.

Que oculte el ígneo sol la regia frente
y vuelva el labrador á su cabaña,
mientras se alza la luna, lentamente,
como rosa de nieve en la montaña.

Dejad que las inquietas mariposas
aniden en la flor de terciopelo;
cantad en vuestras liras melodiosas
los amores de Hamlet y de Oteló.

Cantad el pensamiento que redime,
la fe que huye y el amor que vuela:
vale más que la tórtola que gime,
el humano dolor que se rebela.

Sed como el ave que se rasga el pecho
cuando su prole moribunda mira,
que cae sobre el mar en duro lecho
y en una inmensa convulsión espira!

Luchichí, más en armonía con los sentimientos de la juventud de su patria, nos presenta el reverso de *¡Orad!*, en no menos bella forma poética, cuando dice:

Vale más que la tórtola que gime
el humano dolor que se rebela.

Este joven poeta batallador, tiene por el carácter, muchos puntos de semejanza con Salvador Díaz Mirón, hijo como él del estado de Veracruz, y de quien debo ocuparme en postrer lugar, atendiendo á razones muy especiales.

Luchichí, con más reposo que el veheméntísimo y calumniado Díaz Mirón, tiene sin embargo la misma fiereza y levantado orgullo del anterior. Sincero en el verso como en la prosa, aunque mordaz en algunas críticas, siempre es el noble investigador de lo bueno para aplaudirlo.

Como poeta, hay lo suficiente para juzgar á Luchichí en los cuartetos citados, donde el hombre asoma enérgico, sin afeminación ninguna, entre las blancas rosas del arte.

Claudio Frollo, por la ductilidad de su inteligencia ha conquistado en el diarismo de México una posición ventajosa. Posee la cualidad indispensable en el periodista para no cansar jamás á su público: la de volver á la carga sobre los mismos hombres y cosas con un nuevo material de guerra todos los días.

Guardo de Luchichí un recuerdo muy afec-

tuoso, pues fué la primera mano amiga que estreché en la gran metrópoli mexicana.

Escritor y poeta como el anterior y que ha solido dar á sus compañeros muy malos ratos, por la causticidad de sus críticas, es Manuel Puga y Acal, conocido con el seudónimo de *Brummel*.

Este joven, de no vulgar talento y muchísima ilustración, parece un tanto difícil de contentar en materia de poesía. No de otro modo se explica la fustigación que emprendió hace algunos años, contra los más preclaros bardos de México.

Si fuese Puga y Acal una de esas mediocridades rabiosas que acaban por entregarse como último recurso á las críticas del género de Valbuena, comprenderíase el rigor con que ha tratado á sus compañeros; pero no siendo así, teniendo Puga y Acal imaginación bastante para producir obras bellas, sólo á un caso de ablepsia en el exagerado culto del arte, pueden atribuirse sus maltratos á Juan de Dios Peza, Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera.

De que Puga y Acal es poeta, y muy buen poeta, da testimonio el romance que sigue:

Todo duerme en torno mío;
sólo el mar está despierto:
de la onda vigilante
se oye el monólogo eterno.
Plegadas las velas todas,
porque también duerme el viento,
el barco que se desliza
sobre el Océano inmenso,
al fulgor de las estrellas
parece un inmenso féretro.
Ellas mismas, las radiosas
pupilas del firmamento,
parecen cirios que arden
junto al tûmulo de un muerto...
¿ Por qué todo está tan triste ?
¿ por qué está todo tan negro ?
y ¿ por qué obstruye la bruma
mi fatigado cerebro ?...
— “ Hombre imprudente que huyes
del vivificante sueño,
y vienes del Océano
á sorprender los secretos :
sabe que soy yo tan sólo
dilatado cementerio.
Yo sirvo de último asilo
á cadáveres sin cuento
que en mis abismos profundos
duermen el último sueño.
Allá en las playas remotas
que azoto á veces colérico,
hijos, esposas y madres
lloran por los que no han vuelto.